

APUNTES

PARA

LA BIOGRAFIA DEL SEÑOR

LIC. D. FRANCISCO BELMAR

ESCRITOS POR

D. JOSE G. MONTES DE OCA

MIEMBRO DE LAS SOCIEDADES CIENTIFICAS

MEJICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

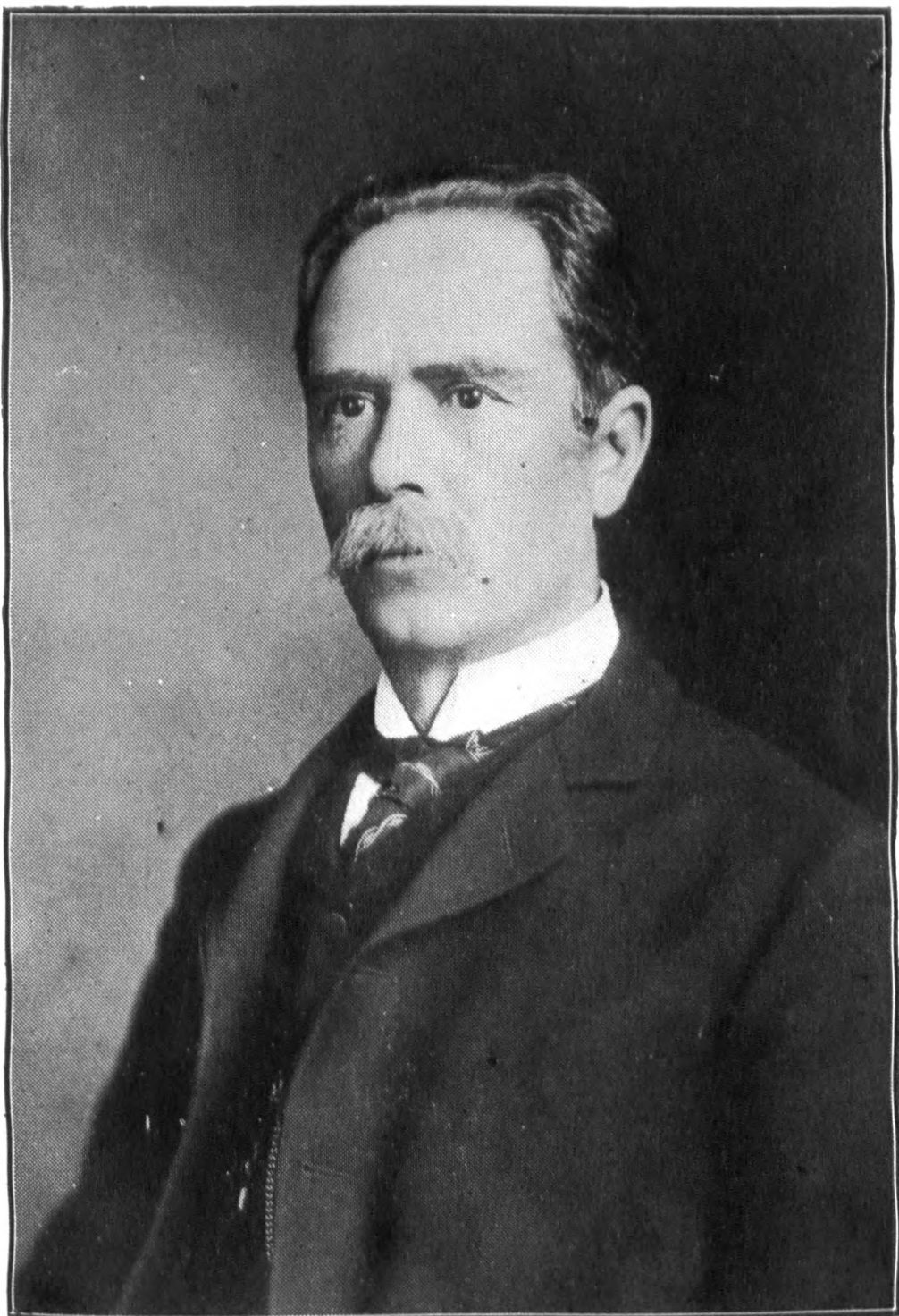
Y ANTONIO ALZATE



MEJICO

IMPRENTA VICTORIA, S. A.—4^ª VICTORIA, 92

—
1924



Sr. Lic. D. Francisco Belmar.

APUNTES

PARA

LA BIOGRAFIA DEL SEÑOR

LIC. D. FRANCISCO BELMAR





EN ESTA época de transición, en que el mundo del Pasado y el mundo del Futuro acoplan ante la Historia, uno, las leyendas de los pueblos, las herencias de los antepasados, las cenizas de los héroes y de los mesías, los espectros luminosos de Ayer; las metáforas, los símbolos, las visiones de los creyentes, el misterio y los dogmas que han alimentado a las almas envueltas en las mallas de la Tradición; y el otro, el impulso de personalización, de individualización y de diversificación —que es la síntesis del Mañana compuesta de espíritus a quienes ya Stuart Mill ha llamado descontentos, inadaptados Spencer, inactuales Nietzsche, y no conformistas Emerson—; en esta edad de cultura cuyos elementos tan perfectamente se pueden clasificar para inducir la llegada de una nueva civilización —que, como todas las anteriores, implica reglas fijas, una disciplina, el paso de lo instintivo a lo racional, la predicción de lo porvenir, un grado elevado de cultura—, (1) los sabios y los poetas vienen formando, con la videncia de los genios, las fórmulas de la cultura humana que se transmitirán, como glorioso legado, a la generación futura.

Hay en el mundo actual un activo y poderoso espíritu de rebelión que recorre en un pegazo del Ideal la conciencia de todas las razas. El símbolo de Fósforo, que la fantasía germinatriz

creó en el Pasado, diríase que ha tomado posesión de todas las almas. El Angel de la Revuelta, “el que lleva la luz, el que ansía conocer, el que lanza el dardo de la razón en el abismo volcánico de lo ignoto, pasa hoy dejando entrever la realidad del mañana”.

En medio de estos dos mundos tan opuestos, de esta rebelión universal, de esta crisis de las ideas y de la cultura, la HISTORIA —que comprende el Pasado y es, pudiéramos decir con Lamartine, el sepulcro de la Humanidad que es preciso respetar pero no encerrarse y vivir en él—; la POESIA —que es la gran mediadora con el infinito del Mañana—; y la FILOLOGIA —que con sus leyes de investigación, de intuición y de inspiración nos une al infinito del Ayer, según la frase de Niebuhr—, baten sus alas, suavísimamente, cual pájaros azules, en los nidos del eruditismo y sobre la emoción vital del hombre, para dejar la simiente de la nueva vida.

Méjico, como todas las naciones contemporáneas que han recibido el hálito generoso del Progreso, viene preparando su contribución intelectual al futuro ciclo de civilización. Sus sabios y sus poetas forman caravana nutrida que guiados por la divinal Clío están en las fronteras del mundo científico y artístico, enarbolando el estandarte de la luz. Unos llevan los factores depurados de la Tradición y con ellos el contingente anímico de las pretéritas generaciones, “la transmisión del viejo tesoro de los abuelos, el caudal, trabajosamente amontonado, de las enciclopedias, los mil elementos esparcidos que han cimentado nuestra mente y que son los verdaderos mantiales de la energía social, las únicas fuerzas que empujan a la acción y a la renovación de la vida y a la creación que no acaba nunca”. Otros llevan las inducciones, las altas síntesis, los ensueños, los ideales y las profesías para dar vigor a la conciencia de la eterna trasmutación. Son historiadores, lingüistas, escritores, sociólogos y poetas. Llámanse Carlos María Bustamante (2) que en diez y nueve obras impresas nos da su Cuadro de la revolución de América, comenzada el 15 de septiembre de 1810; su Galería de antiguos príncipes mejicanos; la Historia del Emperador don Agustín de Iturbide

y de la Invasión de los Anglo-Americanos en Méjico; sus Crónicas mejicanas y Mañanas de la alameda de Méjico, etc.—; Francisco Xavier Clavijero (3) cuyo espíritu se asimiló las lenguas mejicana, otomí y mixteca y más de veinte dialectos indígenas, y produjo el gran monumento denominado Historia Antigua de Méjico, que ha causado la admiración de los sabios extranjeros—; Joaquín García Icazbalceta (4), católico sincero, inspirado traductor y sabio en toda la extensión de la palabra, que colaborando con Alamán, Ramírez, Orozco y Berra y otros distinguidos hombres de letras, nos dejó el Diccionario Universal de Historia y Geografía, testimonio de erudición, y un conjunto de obras tan notables como los Anales de Méjico, el Catálogo de Escritores de lenguas indígenas en América, la Bibliografía Mejicana del siglo XVI, de la cual Menéndez y Pelayo dijo “que en su línea es obra de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna”, la Nueva Colección de Documentos para la Historia de Méjico, una parte del Diccionario de Provincialismos Mejicanos, la famosa carta sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe, etc.—; Lucas Alamán (5) cuyas Disertaciones sobre la Historia de la República Mejicana y su Historia de Méjico son consultadas por los eruditos—; Juan Ruiz de Alarcón (6), fecundo poeta, creador de la Verdad Sospechosa y de otras obras que llamaron fuertemente la atención de escritores tan ilustres como Hartzenbuchs, quien hablando de Ruiz de Alarcón como dramaturgo, decía: “En cuanto a la manera de manejar los caracteres, en cuanto al mérito artístico del cuadro respectivo en que figuran, no debiendo aquí hacer análisis de cada pieza, creo que bastará referir lo que de algunas han formado jueces irrecusables. Corneille, que tradujo en parte y en parte imitó la Verdad Sospechosa, solía decir que daría dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que más le agradaba de cuanto había leído en nuestro idioma—; Ignacio M. Altamirano (7), a cuyo talento debemos “Clemencia”, “Cartas Sentimentales” y sus “Discursos” y “Rimas”—; José Antonio Alzate (8), que pasó su vida entregado al estudio de la historia natural y de la astronomía—; Gabino Barrera (9),

que proyectó y fundó la Escuela Preparatoria Nacional y propagó el positivismo en Méjico—; Sor Juana Inés de la Cruz (10), admirable poetisa—; Alfredo Chavero (11), acucioso escritor a quien debemos numerosos estudios sobre historia antigua de Méjico, artículos bibliográficos, una parte de la obra titulada “Méjico a Través de los Siglos”, y algunos dramas; Francisco Díaz Covarrubias (12), sabio astrónomo—; Pedro Escobedo (13), notable médico y uno de los fundadores de la Academia de Medicina—; Joaquín Fernández Lizardi (14), el famoso Pensador, el primer novelista mejicano de todos conocido por su Periquillo Sarmiento—; Fray Francisco Frejes (15), que nos dejó la historia breve de la conquista de los Estados Independientes del Imperio Mejicano y su memoria histórica de los sucesos más notables de la conquista particular de Jalisco por los españoles—; Manuel Orozco y Berra (16), ante el cual la divina Clío canta estrofa alada en su honor por ser el más notable historiador mejicano contemporáneo, el que con sus obras: el Diccionario Universal de Historia, Geografía, etc., en siete volúmenes, el Apéndice en tres, y la Historia Antigua de Méjico, formó el pedestal de su gloria—; Francisco Pimentel (17), historiador y filólogo, el más lleno, el más sabio, el más diligente de los lingüistas mejicanos desaparecidos, el que dejó como contribución a la civilización aborígen su Cuadro comparativo y descriptivo de las lenguas indígenas de Méjico, su estudio sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de Méjico y medios de remediarla, y ese monumento conocido con el nombre de Biografía y Crítica de los principales poetas mejicanos, completada después con la Historia Crítica de la Poesía en Méjico—; José María Vigil, Lorenzo Zavala y Juan Torquemada (18), que en la historia patria han colaborado, uno con su ensayo histórico del Ejército de Occidente, la Historia de la Reforma, la Intervención y el Imperio, y el tomo V de Méjico a Través de los Siglos; otro, con su Ensayo Histórico de las Revoluciones en Nueva España, y el último, con su Monarquía Indiana, aparte de numerosos escritos en prosa y verso de aquellos dos—; Francisco Severo Maldonado (19), colabora-

dor de Hidalgo, primer periodista de la revolución de Independencia, economista, sociólogo, literato, canonista, juriseconsulto, cuyas obras, como *El Triunfo de la Especie Humana*, son magníficas—; Carlos de Sigüenza y Góngora (20), uno de los ingenios más notables de Méjico, que escribió su *Teatro de Virtudes Políticas*, *El Mercurio Volante*, *Ciclografía Mexicana*, *Historia del Imperio Chichimeca*, *Primavera Indiana*, *Anotaciones Críticas de la obra de Bernal Díaz del Castillo*, y algunos opúsculos—; Mariano Beristáin, Agustín de Vetancourt, Francisco Burgoa, Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, Matías de la Mota Padilla, Crescencio Carrillo y Ancona, Francisco Plancarte y Navarrete, Juan Hernández y Dávalos, José Luis Mora, el P. Durán, Agustín Rivera, Jenaro García, Jesús Díaz de León, José Fernando Ramírez, Antonio García Cubas, Francisco del Paso y Troncoso, Nicolás León, Cecilio A. Robelo y Porfirio Parra, investigadores eruditos, doctos bibliógrafos, diligentes cronistas, famosos lingüistas, etnógrafos y arqueólogos; maestros que con sus enseñanzas han ilustrado nuestra vida nacional—; Joaquín D. Casasús, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Clemente de Jesús Munguía, Joaquín Arcadio Pagaza, Leopoldo Río de la Loza, Ignacio Luis Vallarta, Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Enrique González Martínez, Rafael Delgado, Victoriano Salado Alvarez, Francisco Bulnes, José López Portillo y Rojas, Luis Pérez Verdía y Amado Nervo, príncipes del Derecho, de la Teología, de la Sociología y de las Letras; seres éstos que llevan una música en el alma; sacerdotes del Arte que —como dice Gustavo Le Bon— nos dan los materiales justos para apreciar la sensibilidad de una época y las variaciones que tuvo.

Todos estos hombres y otros muchos que omitimos por falta de espacio, forman nuestra aristocracia intelectual, es decir, son los que han creado y guiado la civilización en Méjico. Pueden unirse a ellos los estadistas, principalmente Morelos, Juárez, Gómez Farías, los Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, ya que las instituciones políticas contribuyen al floreci-

miento de los pueblos; y así estableceríamos lo que algún escritor ha llamado fuerzas impulsoras y directoras.

Unidos al espíritu de los sabios para colaborar en la vida fecunda de esa obra benemérita de la civilización que tiene por objeto la historia primitiva por medio de la comparación filológica, gramatical y literaria de las lenguas aborígenes del territorio nacional; dos prestigiadísimos intelectuales siguen aportando su contingente anímico a este período de transición para ilustrar a la Antropología, a la Etnología, a la Historia, a la Geografía y a la Filología —ciencia ésta que nos une al infinito de Ayer, como dice Niebuhr—. Son los señores doctor don Nicolás León y licenciado don Francisco Belmar.

De éste último traemos a la bibliografía de Méjico algunos datos de su personalidad, ya que el señor Belmar tiene un lugar muy distinguido en el mundo científico y, especialmente, en la B. Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística, de la cual es Secretario Perpetuo.

El señor Belmar es el continuador directo de la empresa colosal emprendida por el sabio don Francisco Pimentel. Glotólogo de alta estirpe y notable pensador, ha venido colocando las gemas de su talento en el monumento grandioso de la sociología mejicana y de las lenguas muertas.

La historia y la crítica han juzgado ampliamente la vigorosa labor científica del señor Pimentel, que ya posee la madre tierra, y a quien con verdadera justicia se prodigan significativos elogios que perfuman todavía la solitaria cripta del sabio, como flores de otoño empalidecidas por el crepúsculo del orto. Mas no ha sucedido lo mismo con la estupenda obra del señor licenciado Belmar, no porque éste sea inferior a aquél distinguido intelectual, sino porque el señor Belmar vive en una época en que el mercantilismo y los oropeles tienen más privilegios que el verdadero mérito, y más se busca y se admira por los hombres de letras mejicanos, la producción extranjera, ya sea del espíritu, ya material, que la propia y buena de los cerebros laborantes del Progreso que hay en la República.

Por otra parte, el señor Belmar no es afecto a la pose; no se exhibe; no busca el reclamo periodístico ni el aplauso. Es hombre de gabinete que vive con las obras y el espíritu de los sabios mundiales, lucubrando y llenando con su bondad consciente —¿Acaso no es la bondad consciente la más alta expresión del talento, según el hermoso pensamiento del poeta Manuel Ugarte?— su hogar sencillo y patriarcal. He aquí por qué su labor científica no ha llamado tanto la atención de nosotros como la del señor Pimentel. Más la conocen y la aprecian y la alaban en el extranjero que en el País, y más vínculos ha creado con los intelectuales del Viejo Mundo que con los notables de la Nación. Uno de los príncipes de la Ciencia ha consagrado, en pleno París, —esa brillante capital de la culta Francia— al señor Belmar. Tal consagración ha sido prodigada con motivo de la aparición de su trabajo titulado **FAMILIA MIXTECO ZAPOTECA**, en un estudio de crítica que en las siguientes páginas insertaremos como una de las mejores opiniones sembradas fructuosamente en los centros científicos de Europa para dar relieve a los trabajos del señor Belmar.

Al reflejar en estos Apuntes la personalidad del sabio, anhelamos formar un boceto moral e intelectual, a fin de que sea conocido por la generación actual, y de ese conocimiento surja la apreciación justa de la obra grande y fecunda que ha ejecutado dentro del panteón —aún en construcción— donde se conservan, bajo las caricias de los siglos, las reliquias de la civilización aborigen; donde vaga, taciturna, el alma enferma de las razas indígenas esplendorosas en el Pasado; donde la erudición extranjera viene a entonar el himno nuevo de sus elogios al unísono de la suave plegaria ¡Ave Cuauhtémoc! que formulan los irredentos descendientes de aquellas razas; y donde las voces del Progreso moderno, del enciclopedismo si-barita y del Arte prodigioso, tumultuosamente llegan, y en cada monolito, y en cada alegoría, y en cada códice, redivivas de curiosidad, saludan al Pasado.



Hijo del señor don Francisco Belmar y de la señora doña Juana Rodríguez, matrimonio modelo, el señor licenciado don Francisco Belmar nació en la población de Tlaxiaco, del importante Estado de Oajaca, el 4 de octubre de 1859. Al empezar a florecer su espíritu infantil ingresó a la escuela pueblerina, donde recibió la instrucción primaria. Después, su vocación a las letras lo llevó a la capital del Estado natal, y en el colegio católico regentado por el canónigo don Ignacio Merlín, estudió las asignaturas correspondientes a la preparatoria. Ingresó al Instituto de Ciencias y Artes de la misma ciudad; pobló de gratos recuerdos y de brillantes actos literarios ese centro de cultura, y, al fin, el 4 de octubre de 1883, obtuvo el título de abogado, a los veinticuatro años de edad.

Durante breve período, el señor licenciado Belmar permaneció en un retraimiento espiritual que le proporcionó la preparación conveniente para entrar a la vida pública, la cual inició abriendo su bufete de abogado en la mencionada ciudad de Oajaca. Allí conquistó fama de caballerosidad, integridad y competencia en la ciencia del Derecho; cualidades que nunca ha dejado de poseer, sino que, por el contrario, ha refinado.

En esta etapa de su vida consagró una parte de su actividad mental al ramo de la Instrucción Pública, de la cual se ha mostrado decidido partidario. En el Instituto de Ciencias y Artes de Oajaca fue, primero, bibliotecario, y catedrático de francés después. Y en la Escuela Normal para Profesores de la misma capital, tuvo a su cargo esa asignatura y la de español, habiéndose granjeado la simpatía de todos sus alumnos por su método científico en la enseñanza y la afabilidad de su carácter.

Para dar preferencia a sus estudios sobre las lenguas indígenas, que ya habían tomado forma en su cerebro cultivado por numerosas investigaciones emprendidas a través de pueblos aborígenes, donde se puso en contacto con el alma de éstos, que le mostró los restos de su antigua civilización, y

a través de las obras más notables escritas por filólogos nacionales y extranjeros, prescindió de la dirección de los juicios que tenía a su cargo en los Tribunales, e ingresó al Ayuntamiento de Oajaca, en cuya Corporación desempeñó las funciones de Síndico, siendo llamado, al poco tiempo, a las dependencias del Poder Ejecutivo del Estado para servir el puesto de Oficial Mayor, que renunció con el fin de ocupar la Secretaría General de Gobierno.

La Justicia lo reclamó para confiarle importantísimos cargos en su administración; y, entregado a ella, el señor Belmar laboró, sucesivamente, como Juez de Primera Instancia de Ixtlán, Juez segundo de lo Civil de Oajaca, Secretario del Juzgado de Distrito de Hidalgo, Juez de Distrito de Matamoros, abogado consultor de la Secretaría de Guerra y Marina, Juez primero de lo Civil y de Hacienda de la ciudad de Méjico, Magistrado del Tribunal Superior del Distrito Federal, y, por último, Ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el más alto puesto en el Poder Judicial.

La labor que ejecutó el señor Belmar en éste fue magnífica. Cultura, honradez acrisolada, actividad, independencia, fueron los elementos de su gestión. Larga sería la lista de distinciones y elogios que se le prodigaron si quisiéramos detallarlos aquí; bástenos decir que uno de sus colegas en la Corte —el ilustre jurisconsulto don Demetrio Sodi—, en plática exquisita que con él tuvimos al principiar el año en curso, nos expresó que “Belmar, durante los períodos en que actuó como Ministro del Primer Tribunal Federal de la República, interpretó con criterio e ilustración nada comunes, las leyes civiles y penales, comerciales y administrativas; dio expansión a los postulados de su conciencia, siempre embellecida por la honradez, y laboró con anhelo constante para despachar con rapidez y cuidado todos los negocios que se le turnaron, habiendo dado su opinión y emitido sentencia en más de seis mil juicios”.

Desde 1890 empezó a recibir el mundo científico sus producciones impresas.

Las ciencias a las que más ha consagrado sus actividades

mentales, han sido la Filología, que había permanecido semi-muerta desde el fallecimiento del sabio Pimentel, y la Glotología, que francamente introdujo en Méjico para el conocimiento de las lenguas aborígenes.

La Filología comprende un vasto campo en la cultura humana. Es la ciencia mental por excelencia, ha dicho Spencer. No limita sus investigaciones solamente al estudio de las leyes etimológicas conforme a las cuales se conocen la raíz, origen y evolución de las palabras que constituyen las lenguas; sino que, a medida que fija, por medio de análisis concretos, esas leyes y da la razón de la existencia y forma de las palabras, progresivamente va acumulando los materiales que son necesarios para iniciar primero y desarrollar después los conocimientos relativos a la gramática —sin la cual no se puede ni hablar bien ni escribirse correctamente y con propiedad un idioma—; a la literatura —que es la más inmediata y acabada de las manifestaciones del Arte, en cuanto que expresa lo bello por medio de la palabra—; a la historia —cuadro razonado de los grandes hombres y de los grandes hechos, como dice Hugo—; y a la lexicología —que tan importante papel desempeña en el proceso de los vocables, histórica y filosóficamente hablando.

Si la Filología, por su extensión, suma un caudal de conocimientos cuyas finalidades dejamos apuntadas anteriormente, quien dedica su inteligencia a esa ciencia tan árida y tan poco cultivada por eso y por otras causas, debe tener vocación decidida y una fuerza mental privilegiada para llevar, hasta el detalle, sus investigaciones lingüísticas que —casi siempre— presentan grandes dificultades, sobre todo tratándose del origen y comparación de las lenguas indígenas, de las cuales pocos datos ministran las crónicas antiguas, y cuyo mecanismo es preciso formar por verdaderas inducciones.

Pues a esas investigaciones laboriosas, a esa ciencia histórica y a esa otra ciencia llamada natural por Ferriere —la lingüística—, siempre llenas de novedades y de interés positivo, háse entregado con fe y con éxito halagador el señor licenciado Belmar.

En la obra meritoria llevada a cabo por nuestro ilustre sabio, precedieronle varios compiladores de las lenguas muertas. Los más dignos de encomio son: Bernardino Ribeira o Sahagún, historiador, lingüista y educador de los indios, que escribió una historia notabilísima y poseía a perfección la lengua mejicana; Carlos de Tapia Zenteno, que dictó su Arte novísimo de Lengua Mejicana; Francisco Ortiz, autor del Arte y Gramática de la lengua mixteca; Bernabé Paez, cuyas reglas para aprender con facilidad la lengua mejicana, han servido mucho a los investigadores; Juan Pío Pérez, que nos dejó su Diccionario maya y la gramática de la misma lengua; Fray Joseph de Carranza, quien formó su Arte donde se contienen todos aquellos rudimentos y principios que conducen a la Lengua Mejicana; Francisco Purón, célebre por su arte de la lengua de los otomíes en todos sus diferentes dialectos; Fray Joaquín Ruíz, escritor en la lengua maya; Juan Ventura Zapata y Mendoza, cronista en mejicano de la muy noble y leal ciudad de Tlaxcala; Agustín de Vetancourt, cronista que produjo el Arte de la Lengua Mejicana, el Teatro Mejicano, etc.; Fray Andrés de Olmos, que compuso una gramática de la lengua náhuatl; Pedro de Arenas, cuyo vocabulario de las lenguas castellana y mejicana, es de mérito y Juan Espinosa, Alonso de Molina, Br. Antonio Vázquez Gastelú, Remí Simeón, Fr. Diego de Galdo Guzmán, Horacio Carochi; Pedro Espinareda, y Agustín de Quintana, y José M. Sánchez, y Miguel Guevara, y el Padre Nájera; García Cubas, José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Dr. Peñafiel, Pbro. Agustín de la Rosa, Lic. Robelo, Francisco Pimentel, Nicolás León, y otros más que sería cansado enumerar.

El señor licenciado Belmar tomó a su cargo la paciente labor de estudiar las lenguas de las principales familias indígenas de su Estado natal, porque en ninguna Entidad Federativa de la República Mejicana —nos dice— es tan abundante y diferente la aglomeración de tribus indígenas como en la de Oajaca. En ella se han agrupado razas, ya consideradas como autóctonas, ya como procedentes de la estirpe asiática, o ya procedentes como los mixes, de los pueblos europeos. Ra-

zas que como la zapoteca y mixteca, nunca pudieron ser subyugadas por extranjera mano y ante las cuales el poderío de los aztecas sucumbió. El estudio detenido de las diversas lenguas de estas razas, la comparación de ellas entre sí, han venido a demostrar, en la parte puramente lingüística al menos, el estrecho parentesco que esas naciones tienen, y ese estudio ha depurado las teorías y corregido los errores que han imperado en el estudio superficial de nuestros indios.

“Todos los pueblos del territorio mejicano merecen que se les consagre una página en la historia de la humanidad; ellos pasarán dejando el recuerdo de lo que fueron; pero antes de su paso, la ciencia se encargará de recoger los datos que juzga necesarios para resolver los problemas del hombre”.

Y con esta idea, allegóse a los pueblos zapotecas, raza que era una de las más poderosas y civilizadas que los españoles encontraron y que sin saberse aún su origen de un modo científico, sí se puede asegurar que estaba formada por una mezcla de las razas del norte y del sur, tenía cultura digna de recuerdo, como lo prueban los monumentos del Monte Albán y las dos ciudades de que nos hablan los historiadores: Tehuantepec y Zaachila. Aun no se extingue esta raza y Fray Juan de Córdoba escribió en 1578, una gramática del idioma zapoteco. Luego entró en el corazón de la familia serrana, cuyo idioma parecido al otomí, aunque distinto, existe actualmente en algunas familias que residen en Guanajuato y Oajaca; de la mazatleca, que se habla en varias regiones de Oajaca y Veracruz; de la trique, todavía visible en el Estado de Oajaca; de la chocho, que se conoce en el distrito de Nochistlán, en Oajaca; de la chontal, tribu que vegeta en los Estados de Guerrero, Oajaca y Tabasco, así como en Guatemala y Nicaragua, y cuyo idioma —se cree por algunos— es un dialecto del maya, y Pimentel lo considera como “extranjero”; de la mixteca que con la zapoteca forma la familia mixteco-zapoteca, con diez y nueve dialectos, y tiene afinidades en otros, como el chantino, el papabuco y el cuicateco; de los mixe, que pueblan varios distritos de Oajaca, y, especialmente, Tehuantepec; etc.

En la imposibilidad de reseñar cada una de las obras producidas por el señor licenciado Belmar y de hacer un elogio cumplido de ellas, tanto porque estos Apuntes, que por su naturaleza deben ser breves, se extenderían demasiado, cuanto porque no somos lo necesariamente competentes para emprender ese laborioso trabajo, nos limitaremos a enumerar las producciones del señor Belmar, intercalando alguna valiosa opinión de sabios distinguidos y el detalle oportuno de las obras, cuando sea indispensable.

Como indicamos antes, el primer libro del señor Belmar fué publicado en 1890, en la imprenta de S. Germán. Es una **CARTILLA DEL IDIOMA ZAPOTECO SERRANO.**

En 1892 apareció otro conteniendo un **ESTUDIO SOBRE LA LENGUA MAZATECA.**

EL ENSAYO SOBRE LA LENGUA TRIKE se conoció en 1897.

EL CHOCHO, en 1899.

ESTUDIO DEL CHONTAL, en 1900.

INVESTIGACIONES SOBRE EL IDIOMA AMUZGO, en 1901.

ESTUDIO DEL IDIOMA HUAVE, también en 1901.

INVESTIGACIONES SOBRE LA LENGUA CHANTINA, en 1902.

FAMILIAS MIXTECA Y ZAPOTECA Y SUS RELACIONES CON EL OTOMI, en 1905.

Casi todas estas obras fueron producidas en la ciudad de Oajaca, en la cual residió por muchos años el señor Belmar.

Con ligeros intervalos, ha publicado después:

UN ESTUDIO SOBRE EL PAPABUCO;

UNA RESEÑA HISTORICA Y GEOGRAFICA DEL ESTADO DE OAJACA;

LOS CHONTALES Y EL ESTUDIO DE SU LENGUA;

ESTUDIO DEL IDIOMA AYOOK O MIXE;

POLIMTESIS EN LAS LENGUAS INDIGENAS DE MEJICO;

SISTEMA SILABICO EN LAS LENGUAS INDIGENAS DE MEJICO;

MONOGRAFIA ACERCA DE LA IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS INDIGENAS DE MEJICO. SU ADAPTACION A TODOS LOS RAMOS DEL SABER HUMANO;

ALGO DE CRITICA CON MOTIVO DE LA PALABRA AHUEHUETE;

¿EXISTE EL MONOSILABISMO EN LAS LENGUAS INDIGENAS DE MEJICO?;

LENGUAS DE LA FAMILIA NAHUATLANA.—SU CLASIFICACION;

GLOTOLOGIA INDIGENA MEJICANA. ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS LENGUAS INDIGENAS DE MEJICO. Monumento de sabiduría; obra fundamental; fuente para todos los que en lo sucesivo se dediquen al estudio de las lenguas aborígenes; trabajo que agotó al sabio y que, por desgracia, permanecerá sin ser conocido totalmente, por error del Destino.

EL ESTUDIO DEL IDIOMA AYOOK—Oajaca, Imprenta del Comercio, 1902 —, fue publicado por acuerdo del señor Gobernador del mencionado Estado y dedicado al Congreso de Americanistas en su 13ª Sesión, con 205 páginas y un Apéndice. El señor licenciado Belmar da noticias históricas de la raza; nos pone de manifiesto el estado actual de la misma, con su industria, carácter, alimentos, fiestas, creencias y supersticiones, comprobadas éstas con los testimonios de los curas de almas; fija la situación topográfica de los mixes y hace un examen comparativo del ayook y el zoque, del ayook y la lengua chochona, del ayook y el mejicano, del ayook y la lengua xinca de Guatemala, del ayook y la lengua lule; para establecer después el fonetismo, partes del discurso, morfología y vocabulario de la misma lengua, con los dialectos Moh-tuau y Kotum. En el Apéndice figura la fraseología ayook y castellana tomada de un manuscrito antiguo en el dialecto del núcleo de Yautepec.

Los lingüistas que han tratado de la lengua ayook o mixe son —según la lista que trae el señor Belmar—, el abate Lorenzo Hervas, en su catálogo de las lenguas; el señor Orozco

México, Febrero 5 de 1923.

Dr. Profesor, Don José G. Montos de Oca.
Museo Nacional, Ciudad.

Muy fino y querido amigo:

Recibi su grata de V. del actual en la que me dice haber recibido mi pequeño estudio de glotología indígena mexicana a la vez por su benevolencia le da el nombre de notable obra, y por eso le doy mis mas cordiales agradecimientos

Lo que V. me dice si está o no próxima la continuación de mi trabajo y su impresión, con gusto le digo que la continuación ya está hecha en diferentes papales manuscritos que tengo arrumbados, y para darla a luz, solo me falta arreglarlos o ponerlos en orden para que puedan imprimirse. Por mi parte no los he dado a luz, ni tengo la intención de hacerlo por la falta de mi pequeña imprenta. Con gusto lo autorizaré a V. (de lo) para la impresión de lo que falta del mi estudio y desde luego empezaré a ordenarlo para que, así manuscrito, quede a su disposición

Correspondemos yo y los de mi familia sus afectuosos saludos, quedando como siempre sus afectuosos amigos

Francisco Belmar



Carta autógrafa del Licenciado Belmar, asegurando haber concluido la Glotología Indígena Mexicana.

y Berra, en la Geografía de las Lenguas; Don Pedro de Garay; el Padre Burgoa; Bancroft; Otis J. Mason, en su Etnología y Arqueología; el profesor Federico Starr, en sus Notas sobre la Etnografía del Sur de Méjico; don Francisco Pimentel, en su Cuadro Descriptivo y Comparativo de las lenguas indígenas de Méjico; y el doctor Nicolás León, en sus Apuntes sobre familias lingüísticas de Méjico, Ensayo de Clasificación. El escritor más notable de la lengua mixe, anterior al señor Belmar, ha sido Fray Agustín Quintana, autor de una Gramática y un Diccionario, dos tratados, uno de Doctrina Cristiana y otro de la Confesión Sacramental y la Instrucción Cristiana y Guía del Ignorante para el Cielo; y un libro titulado Confesionario, en lengua mixe.

Según el Padre Burgoa, los mixes siempre hablan a gritos y atribuye este hecho no a su “natural desmedido y enojoso, sino a lo intratable de la sierra”. Esta —dice Burgoa— les ha hecho la costumbre nativa del vocerío, porque siendo los montes seguidos unos tras otros, tenían en barrancas profundas sus habitaciones, entre selvas que sacude el viento y entre arroyos que se precipitan en raudales, y de todo resulta confuso murmullo que era menester para entenderse hablar en sobre agudas con desentonado estruendo.

Don Francisco Pimentel opina también que la naturaleza del terreno parece retratarse en los idiomas. De ahí la fuerza y energía de la pronunciación del mixe que vive en lugares ásperos y montañosos, como los mixtecos altos.

Garay creyó que los mixes eran de procedencia europea, puesto que los polacos entendían el lenguaje de aquéllos.

Las supersticiones están muy desarrolladas entre los mixes. Sus ídolos son venerados en cuevas. Practican la magia, y sus hechiceros y adivinos son objeto de consideraciones especiales. Pollos y perros tiernos los ofrecen como sacrificio propiciatorio. “Hay pueblos —asienta el señor Belmar— en que, cuando truena, se juntan en el patio de la iglesia para gritar y llamar al “Mayor” para que lleve las llaves y encierre al rayo en la cárcel, estando otros prevenidos con machetes para

pegarle a dicho rayo, que es el “contrario,” según dicen, por si acaso quisiera caer sobre ellos.”

“El día de año nuevo y la víspera de navidad, por la noche, van a una cueva donde hay dos piedras medio puntiagudas, como de tres cuartas de alto, vara y media de circunferencia en su base y una vara en su parte superior. Dicen que son los patronos San Pedro y San Pablo, y les llevan tamalitos y guajolotes; dejando allí la cabeza y regando la sangre alrededor de dichas piedras, así como también ollitas de “Tepache.”

Otras curiosidades refiere el señor Belmar, que omitimos para no alargar estas notas.

La tribu *mixe*, que se halla rodeada de pueblos pertenecientes a la raza zapoteca, conserva su estado primitivo y está dedicada, en general, a la agricultura; se encuentra repartida en varios Distritos o “Parroquias” del Estado de Oajaca, y el número de individuos que la componen ascendió a 31,736, según el censo de 1900.

En el notabilísimo trabajo titulado SISTEMA SILABICO EN LAS LENGUAS DE LA FAMILIA MIXTECO-ZAPOTECA-OTOMI, publicado en los Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología —Tomo II, 6 a 8—, el señor licenciado Belmar pone esta observación fundamental:

“Uno de los múltiples fenómenos de las lenguas indígenas del territorio mejicano es el silabismo de sus voces, al que poca importancia, si no es que ninguna, se le ha dado en el estudio de aquellas, y el que, de una manera más o menos directa, contribuye a establecer las relaciones de unas con otras y, por ende, de las familias lingüísticas. Al hablar de la familia *mixteco-zapoteca* y de sus relaciones con el otomí, apunté ligeramente el hecho, por mí observado, de que el silabismo decrece de las lenguas más cultas a las menos cultas; esto es, de las lenguas más evolucionadas a las menos evolucionadas y que mejor perfección han alcanzado en el sistema a que pertenecen, o que se encuentran en el período de regresión. Este fenómeno está evidenciado en las lenguas de la familia *mixteco-zapoteca-otomí*, en que, dejando aparte las palabras forma-

das a capricho por los gramáticos y doctrinarios en estas lenguas, se ve que el zapoteco, en su rama principal, y el hablado antes por las razas de Zaachila, constan de voces en su mayor parte polisilábicas.”

El autor entra después a probar el fenómeno de que los elementos silábicos en las diferentes lenguas de la familia —chantino, chinantico, papabuco, amuzgo, mixteco, cuicateco, mazateco, papaloca, otomí— se forman del sonido consonante, precediendo al sonido vocal, y de que pugnan contra las leyes fonéticas de dichas lenguas las terminaciones consonantes. En seguida, el notable glotólogo entrégase a estudiar con método científico y probando sus afirmaciones con teorías de ilustres filólogos, el polisilabismo, paulosilabismo y pseudomonosilabismo de las lenguas indígenas en la familia mixteco-zapoteca-otomí; y termina asegurando que las lenguas otomí y chinanteca “son desgajamientos remotísimos de un tronco común, y que el sistema silábico de la familia mixteco-zapoteca-otomí, corresponde al mayor o menor grado de polisíntesis y de incorporación en las lenguas que la forman, ocupando el primer lugar la zapoteca y el último el chinanteco, en el cual el polisintetismo es insignificante.

Algunos glotólogos europeos han creído que las lenguas indígenas de América no pueden servir para dar la expresión exacta de nuestros pensamientos, y distinguidos americanistas han pretendido encontrar “relaciones de parentesco, o, por lo menos, semejanzas gramaticales entre las lenguas americanas y las lenguas del antiguo mundo. Y así han relacionado aquellas con el vasco, con el japonés y, a veces, con todas las lenguas aglutinantes, según la observación de Hovelaeque. Por otra parte, las lenguas indígenas han sido clasificadas de diferentes modos: unos sabios las han dividido en tres categorías: monosilábicas, aglutinantes y flexionales. Otros, como Schleicher y Lieber, las han colocado únicamente entre las aglutinantes, formando, sin embargo, un grupo al que se aplicó el nombre de incorporantes, holofrásticas o polisintéticas. Y fray Manuel Crisóstomo Nájera pretende probar el

monosilabismo de la lengua otomí y sus relaciones aparentes con el chino.”

El señor licenciado Belmar se interesó vivamente en esta opinión, y ampliando sus estudios no sólo al otomí, sino también a otras lenguas indígenas, viendo a éstas como organismos sujetos a evolución, lo cual niega Renán (“cada familia de idiomas —nos dice este gran francés—, sale del genio de cada raza, sin ningún esfuerzo y sin ningún tanteo”); teniendo en cuenta la opinión de Andrés Lefevre de que esta evolución se resume en cuatro fases: monosilabismo, aglutinación, flexión y analitismo, y la de Hovelacque, quien afirma “que todos los sistemas lingüísticos han pasado por el período de monosilabismo”; estudia si efectivamente existe el monosilabismo en las lenguas indígenas de Méjico; asunto de verdadera importancia y para cuya resolución se necesitan profundos conocimientos.

El ilustre señor Belmar, tras de concienzudas investigaciones y comparaciones, establece esta conclusión: “que aun las lenguas que como el chinanteco y el otomí, tienden a desprenderse del fenómeno de la afijación, no reúnen los caracteres atribuidos a las lenguas que pertenecen al sistema monosilábico, y que muchas raíces de los dialectos del territorio mejicano son irreductibles al monosilabismo.”

Con esta demostración echa por tierra la disertación toda del Padre Nájera y se establece científicamente el hecho de que las lenguas indígenas de Méjico muestran haber llegado, unas, a un completo desarrollo, —como el zapoteco, el mazateco, el antuzgo y el cuicateco—, y otras, tienen seguros principios de aglutinación.

El estudio de los chontales y su lengua es otro de los magníficos trabajos del señor Belmar. Fue leído en el Comité Mejicano de la Alianza Científica Universal, durante la sesión celebrada el 21 de junio de 1909, y se publicó en el Boletín del mismo centro cultural —Tomo I, núms. 6 y 7—. Minucioso, lleno de erudición, preciso en sus observaciones, metódico en sus citas es tal trabajo, en el cual el señor Belmar formula estas conclusiones:

“Primera.—Los chontales fueron en la antigüedad una nación de relativa cultura, procedentes, como los mejicanos, de un pueblo de habla común.

“Segunda.—En los tiempos de su descubrimiento se encontraban en decadencia.

“Tercera.—Los chontales vinieron de la región del norte, estableciéndose, sucesivamente, en los Estados de Guerrero, Oajaca y Tabasco, hasta llegar a las regiones de Nicaragua y Honduras.

“Cuarta.—Hoy los chontales son un pueblo pacífico y religioso, y que, como todos los pueblos indios, tiende a desaparecer.”

Varios americanistas han establecido la orientación de que las lenguas indígenas deben estudiarse en sus elementos propios, sin pretender establecer comparaciones con las lenguas de los otros continentes; y especialmente Adam ha lanzado la teoría de que “la América debe su civilización a sí misma; que ésta se ha elaborado en el suelo americano sin tomar nada ni a los chinos ni a los japoneses.” El señor licenciado Belmar ha traído a colación este postulado nuevo en su estudio sobre las LENGUAS DE LA FAMILIA NAHUATLANA Y SU CLASIFICACION, que fue producido para el Congreso de Americanistas reunido en esta ciudad en 1910, y el cual se ocupa, con notable acierto, del monogenismo y parentesco de lenguas que se creían irreductibles. La zapoteca, la mayana y la nahuatlana son tipos de éstas, principalmente la última, a la que se conoce también con los nombres de azteca y chichimeca. La subflexión que Pimentel atribuye a las lenguas del grupo mejicano-ópata, la destruye el señor Belmar con éxito muy halagador. A propósito de estas demostraciones y rectificaciones científicas de nuestro biografiado, los elogios se han multiplicado, y el señor licenciado don Ramón Mena, en una conferencia sustentada sobre el tema “Lingüística y Glotología Nacionales,” en la serie iniciada y llevada a cabo por la benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, durante el pasado año, expresó estos conceptos: “Nadie que sepa, por lo menos hasta el Con-

greso de Americanistas, último reunido, ha hecho estudios glotológicos de nuestras lenguas indígenas como Belmar; ni podía ser de otro modo, puesto que en Europa y en Estados Unidos es también muy nuevo este estudio, en el que tanto lleva cosechado ya nuestro consocio.”

En efecto, el señor licenciado Belmar se ha entregado con diligente atención y talento dignos de encomio, a los estudios glotológicos que —como dice el ilustrado señor Mena— tienen un dominio diferente a los puramente lingüísticos, pues “en tanto que la voz humana es emitida expresando sentido, discurso, la Lingüística toma campo avanzado; mas en el instante en que se averigua el origen, la razón de ser de las voces, de las articulaciones y de las palabras informantes del sentido o del discurso, la Glotología ocupa un puesto más amplio y más eficaz.” La Lingüística es —pudiéramos decir— un arte; la Glotología, una ciencia.

Por medio de la Glotología traída por el señor Belmar al campo de las investigaciones lingüísticas en Méjico, se han conseguido brillantes triunfos, entre los cuales sorprenden, por su trascendencia, la precisión en la clasificación de las lenguas, y la preparación para fructíferos estudios etnográficos posteriores, ya que la lengua está evidentemente relacionada con la raza, y cuyas relaciones se estudian y precisan por la Glotología.

En cuanto a la clasificación de las lenguas, el señor Belmar se ha adelantado mucho a sus dos eminentes predecesores Orozco y Berra y Pimentel, cuya labor, altamente meritoria, se puede sintetizar rápidamente a fin de hacer notar las ventajas que para la ciencia ha alcanzado aquel sabio.

El señor Orozco y Berra llevó a cabo un enorme trabajo de catalogación de las lenguas indígenas; pero al clasificarlas, como él mismo lo dice con esa sinceridad suprema de los verdaderos sabios, sólo tomó en cuenta las opiniones de otros; su clasificación se basa en la autoridad, sin considerar la naturaleza de cada una de las lenguas y sin establecer relaciones esenciales entre ellas. El señor Belmar estudia la natura-

leza de las lenguas y procede a su clasificación con criterio verdaderamente científico.

El señor Orozco y Berra distribuye las lenguas en ONCE FAMILIAS con CIENTO VEINTE IDIOMAS; pero no todas las conocidas, sino que quedan muchas sin clasificar. El señor Belmar distribuye las lenguas en un estudio que llamaríamos previo, también en ONCE FAMILIAS; mas en estas once familias quedan comprendidas **todas** las lenguas indígenas. Ha hecho, pues, una reducción de los "idiomas sin clasificar." (21)

El señor Belmar corrige la clasificación de Orozco y Berra, después de su reducción, corrección que puede mirarse claramente en el siguiente cuadro:

OROZCO Y BERRA.

1. Nahuatlana.
2. Pimana y Yumana (Opata Tarahumar)
3. Seriana.
4. Tarascanana.
5. Zapotecana.
6. Othomiana.
7. Mayana.
8. Atapascana.
9. Matlatzinca.
10. Guaicura.
11. Cochimí.

BELMAR.

1. Nahuatlana.
2. Pimana.
3. Yumana.
4. Seriana.
5. Tarascanana.
6. Zoqueana.
7. Totonacana.
8. Zapotecana.
9. Othomiana.
10. Mayana.
11. Athapascana.

Se ve, por el cuadro anterior, el trabajo de rectificación emprendido admirablemente por el señor Belmar, en cuyos detalles sería prolijo entrar; pero basta esta demostración en la que desde luego se advierte que la lengua zoqueana que estaba sin clasificar en la obra de Orozco y Berra, queda hoy representando una familia, como también la representa la yumana, que antes estaba incluida en la pimana; la totonacana, antes incluida en la mayana, hoy también representa una familia.

En dicho trabajo de rectificación están comprendidos los sistemas lingüísticos de González Casanova y Nicolás León; aquel contaba veintiuna familias, y éste, diez y siete.

En un estudio posterior lleno de sabiduría, el señor Belmar reduce más aún el número de las familias de lenguas indígenas. Sus laboriosas investigaciones han establecido nuevos parentescos en los idiomas y dialectos, y ha podido dar al mundo científico la clasificación justa de las familias o lenguas madres, concretándolas a cuatro, que son:

1. La FAMILIA YUMANA o NAHUATLANA, comprensiva de los dialectos de las ramas mejicana, sonoreense, shoshone, tejana, mutsum, guaicura, cochimí-laimon, zoque-mixe, chontal y totonaca. El dialecto chontal es considerado por algunos etnólogos como perteneciente a la familia maya-quiché.

2. La FAMILIA ZAPOTECANA, que comprende las ramas zapoteca, mixteca, otomí y tarasca.

3. La FAMILIA MAYANA, que comprende el huave.

4. La FAMILIA ATARASCANA.

Comparando ahora la labor del señor Pimentel, vemos a éste clasificar las lenguas aborígenes fundándose en principios lingüísticos con modificaciones que él excogita, explica y funda, pero que dejan el campo libre a las variaciones, según el criterio de cada quien, de manera que su clasificación no es fija, ya que lo de "paulosilábico" o "polisilábico" es enteramente relativo. El señor Pimentel, cuyos trabajos son plausibles a pesar de tener mucho que no es aceptable, clasifica las lenguas del modo siguiente:

PRIMER ORDEN: polysilábicas, polisintéticas de subflexión.

SEGUNDO ORDEN: Polisilábicas, polisintéticas de yuxtaposición.

TERCER ORDEN: paulosilábicas.

CUARTO ORDEN: cuasi-monosilábicas.

Está claro que esta clasificación es imprecisa, y que una lengua colocada en un grupo por el señor Pimentel, puede pasar al otro según la apreciación que se haga de las muchas o pocas sílabas, ya que esto no está sujeto a rigurosa medida.

En los órdenes anteriores, el señor Pimentel distribuye **DIEZ Y NUEVE FAMILIAS**, en la siguiente forma:

PRIMER ORDEN: opata-pima; comanche; tejana; keres; zuñi; mutsum; guaicura; cochimí-laimon; seri; tarasca; zoquemixe; y totonaca.

SEGUNDO ORDEN: mixteco-zapoteca, y matlatzinca.

TERCER ORDEN: maya; chontal; huave; atapasco.

CUARTO ORDEN: otomí.

Por esta breve ojeada a los estudios del señor Pimentel se advierte que su sistema de clasificación es variable y artificial; aunque no deja de tener un gran mérito, siquiera sea por haber sido el iniciador entre nosotros de estos trabajos científicos que han servido de fundamento a posteriores investigaciones.

El señor Belmar se adelantó mucho en esta materia con la aplicación de la Glotología, y no sólo tiene la excelencia de sintetizar la genealogía lingüística, reduciendo las familias, sino que éstas quedan ya científicamente fundadas. Si estudios posteriores las reducen todavía más, las relaciones establecidas por el señor Belmar serán el punto de partida de las nuevas disminuciones, quedando sus trabajos invariables en la esencia, y variando más bien en los nombres, en las designaciones. En efecto; como el procedimiento del señor Belmar ha sido fundado en bases científicas, y por lo mismo incommovibles, las relaciones que unen a unas lenguas con otras en la clasificación de este sabio, permanecerán ligándolas eternamente, y nuevos estudios podrán agregar nuevos parentescos, nuevas mezclas que hagan reducir un grupo a otro; pero las conexiones primitivas son y serán, sirviendo de punto de partida a las nuevas.

Todavía hay un mérito más en ésto, y es el que se desprende de las relaciones que la lengua tiene con el pueblo, etnográficamente considerado, y con la raza, ya que ésta tiene enlaces estrechos con el idioma que habla, con la manera de pronunciarlo, etc.; y podemos señalar un triunfo más para nuestro sabio, que consiste en haber establecido “que el silabismo de nuestras lenguas indígenas decrece de las evolucionadas

a las que van en el período regresivo, las que distan mucho del tronco común, y por su pausilabismo ofrecen el aspecto aparente de un monosilabismo que tanto nos ha engañado.”

“Este último descubrimiento de nuestro consocio —observa atinadamente Mena— es de una incalculable trascendencia, y sin duda que con el silabismo comparado ultimaré serios problemas en todas las lenguas del universo... pero hemos de esperar a que convenientemente presentado en edición lujosa y en un idioma extraño al nuestro, coloque un apellido terminado en *of* o en *berg*, en el ya voluminoso catálogo de las reputaciones usurpadas.”

¡Qué trascendencia tan grande tendrán los estudios del señor Belmar en el cerebro del antropólogo! Le servirán de brújula para orientarse en esa intrincada maraña de pueblos, tribus, razas y familias, y podrá, en primer lugar, dar precisión a estas palabras tan maleables, que se prestan a multitud de inexactitudes, y, en segundo lugar, a determinar los caracteres de los grupos que habitan nuestro extenso y accidentado territorio.

Al conocer el sabio lingüista Conde de Charancey la notabilísima obra *FAMILIA MIXTECO ZAPOTECA*, que como todas las del señor Belmar, han sido ampliamente comentadas en el extranjero, de tal manera que más se conocen y se admiran por los intelectuales de otros países que por los del nuestro, como al principio dijimos, publicó en “*L'Année Linguistique*,” órgano de la Sociedad de Filología de París, el siguiente juicio crítico que tradujo el señor ingeniero don Félix F. Palavicini, quien lo dio a la luz pública en el número II del tomo III, quinta época, del Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística:

“Numerosos e importantes trabajos han hecho ya conocer el nombre del señor Francisco Belmar al público de los sabios. La presente obra es más interesante aún que la mayor parte de las que la han precedido; ésta tiene, en efecto, un interés general, y tiende, nada menos, que a retocar considerablemente la carta etnográfica de la Nueva España. El autor demuestra, por ejemplo, que el número de fuentes lingüísti-

cas de ese país debe ser considerablemente reducido, que un lazo de parentesco indiscutible, si bien bastante lejano, liga en conjunto los diferentes miembros de lo que él denomina la **FAMILIA MIXTECO-ZAPOTEOA** y comprende:

“1º El **ZAPOTECA** de la parte central del Estado de Oajaca a los alrededores del Istmo de Tehuantepec.

“2º El **MIXTECO** repartido en dos dialectos, alto y bajo, en el oeste de Oajaca.

“3º El **CHANTINO** del distrito de Juquila, al NE. del país zapoteca.

“4º El **CHINANTECO** de los distritos de Choapan, de Ixtlán, de Tuxtepec, hasta el límite ocupado por el **MIXE**.

“5º El **AMUZGO** del sur de Oajaca y de una parte del distrito de Jamiltepec.

“6º El **MAZATECO** extendido en los distritos de Teotitlán y de Tuxtepec.

“7º El **CUICATECO** en vigor en Cuicatlán, cabecera del distrito de este nombre y en los alrededores.

“8º El **CHOCHO** o **POPOLOCA** hablado en Coixtlahuaca, ciudad donde se conservan, según se dice, numerosos registros históricos en pinturas o relatos hechos poco después de la conquista.

“9º El **TRIKE** o **TRIQUE** de los pueblos de Tlaxiaco y de Juxtlahuaca, hablado por dos mil individuos poco más o menos y rodeado en su totalidad por el **MIXTECA**.

“10º El **OTOMI**, en fin, cuyo dominio se extiende sobre una porción notable de los Estados de Hidalgo, Méjico y Querétaro; algunos sabios han creído reconocerle, con motivo de sus tendencias al monosilabismo, un parentesco con los dialectos de yuxtaposición del Extremo Oriente. ¿Pero qué, el inglés no denuncia, más que todas las otras lenguas europeas, una tendencia monosilábica, a causa de la influencia ejercida por las sílabas acentuadas sobre las átonas? ¿Se dirá que no tiene relación alguna con el tibetano o el chino? Además, el otomí no es según parece, el idioma de la misma familia, que manifieste con exceso lo que podemos llamar una fisonomía monosilábica; por el contrario, reviste un carácter muy americano, a consecuencia

de la incorporación, por ejemplo, cuando dice: **MATEHE**, “Nuestro Padre,” de Te “Padre” y Mahe “Nuestro.”

“Es que, en efecto, los dialectos Mixteco-Zapotecas proceden, sobre todo, por medio de sílabas compuestas cada una de una consonante y de una vocal a veces doble. El concurso de varias consonantes se presenta rara vez y además no parece ser nada primitivo. La raíz principal no presenta siempre un sentido preciso por ella misma o al menos no la recibe sino por la adición de prefijos o de subfijos. Presenciamos aquí, entonces, en cierta forma, el paso del monosilabismo a la aglomeración y los referidos idiomas ocuparían un estado de desarrollo, en algo comparable al del Fo-gbe y otros dialectos de la Alta Guinea. No podemos deducir que desde el punto de vista del origen no hay nada común entre las hablas del Africa y las del Nuevo Mundo. En todo caso, las investigaciones del señor Belmar nos parece establecer, de una manera irrefutable, el parentesco del otomí con el Zapoteca, el Amuzgo, el Mazateca, etc. Lo que no impide que difieran considerablemente entre ellas, más, sin duda, que el Gótico del Sánscrito, los cuales pertenecen, sin embargo, uno y otro a la fuente indo-europea.

“El autor no se limita, además, al estudio de las lenguas de que acabamos de hablar. Casi la tercera parte de su libro está consagrado a otros idiomas de la Nueva España, por ejemplo: el **HUAVE** del Istmo de Tehuantepec, el **CHONTAL** en uso en una parte del Estado de Oajaca y que ofrece ciertas afinidades con el **MEJICANO**, especialmente sobre la relación fonética. Señala igualmente, esta última lengua, como manifestando una tendencia bastante marcada hacia la flexión. El señor Belmar dice algunas palabras del **ZOQUI** y del **MIXE** que casi podrían considerarse como dos dialectos de una misma lengua. En fin, la obra termina con una colección de textos de las lenguas indígenas de Méjico.

“El presente informe permitirá al lector, así nos atrevemos a esperarlo, darse cuenta suficiente, del eminente servicio prestado por el señor Belmar al americanismo.

“Terminaremos con algunas observaciones que no quitan,

por cierto, nada de su valor al libro del sabio lingüista. ¿El término **Mixteco-Zapoteca** será el mejor que pueda escogerse para designar un conjunto de dialectos, comprendiendo el OTOMÍ de los alrededores de Méjico, así como el MAZAHUA hablado en el Oeste, MATLATZINCA o PINRINDA, en otro tiempo en uso en el valle de Tabuco, ahora confinado al pueblo de Oharo (Estado de Michoacán); en fin, ciertas hablas de poblaciones más septentrionales, tales como JEMEZ o PAME o SERRANO, etc.? ¿La expresión de CHICHIMECA empleada por nosotros no será preferible? Sin duda, nosotros convenimos en que ésta, como la mayoría de las denominaciones de este género, está sujeta a provocar algunas objeciones; pero en definitiva, ofrece el mérito de ser corta y además de los fundamentos del Imperio de Texcoco, que hablaban en su origen un dialecto poco diferente del Otomí, se calificaban a sí mismos de Chichimecas. La legitimidad de algunas, al menos, de las relaciones propuestas por el señor Belmar, nos parecen en cierto sentido, discutibles; el IATO "siete" del Otomí se asemeja mucho por su sentido y sonido al Zapoteca: YATU. ¿La semejanza no será probablemente fortuita? En definitiva, el Otomí, sin duda bajo la influencia del Mejicano, había adoptado la numeración por cinco y forma los nombres de números superiores a este último, agregando la final TO a las precedentes. Así, por ejemplo, NA o RA 1 y RATO 6 — ZOHO, "dos" y ZOTO, 7 — HUI, "tres" y HIOTO, 8 — GOHO, "cuatro" y GUETO, 9. No encontramos que el mismo fenómeno se produzca entre los miembros más meridionales de la misma fuente.

“En fin, el señor Belmar coloca con gusto el HUAVE en el seno de la familia MAYA-QUICHE. Señala algunos puntos de semejanza entre esta habla y las de Yucatán y Guatemala, por ejemplo: la formación del plural por medio de una consonante labial final, el empleo de la preposición TI como sinónimo de "A." "hacia." ¿Pero no será conveniente ver en eso un arreglo de época, más o menos reciente? Se sabe que el caso del metamorfismo lingüístico es, en cierto modo, característico de los idiomas de la Nueva España. Citemos, por ejemplo: el nom-

bre de Soconusco que ha tomado formas de conjugación en el Mejicano, según todas las apariencias, y es aún de la misma fuente que el MAYA y el QUICHE han, probablemente, tomado su sistema vigesimal de numeración.

“El señor Belmar manifiesta al concluir, la esperanza de que algún día se llegarán a relacionar las unas a las otras, la mayoría, sino la totalidad, de las antiguas hablas de Nueva España.

“Nuestro deseo es verle emprender ese estudio comparativo; nadie mejor que él nos parece capacitado para hacerlo.—**CONDE DE CHARANCEY.**”



Toda la vida del señor licenciado Belmar puede sintetizarse así: culto y devoción a la Ciencia: honor a la Patria: expansión de un alto ideal de regeneración en favor de los indios: virtud. ¡Y cuán salientes son las exteriorizaciones de aquellos caracteres vivos y fecundos! ¡Y qué bella personalidad moral e intelectual se ha formado con esos elementos!

Ya hemos delineado brevemente cómo ha rendido espléndido tributo nuestro biografiado al Derecho, a la Filología y a la Glotología. Pues con igual intensidad en su fe y con patriotismo sano y puro hase consagrado al prestigio y honor de la Patria.

Entre otras manifestaciones de esta tendencia plausible, podemos presentar su gestión como Americanista en los dos notables congresos de sabios a que ha concurrido, llevando en uno —el verificado en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos del Norte, en 1892— la representación oficial del Gobierno Mejicano, como Delegado de él, y teniendo en el otro —el que se celebró en esta ciudad en septiembre de 1910, con motivo del 1er. Centenario de la Proclamación de la Independencia— un elevado puesto, pues fue distinguido con el nombramiento de quinto vicepresidente, y recibió, además, la comisión de publicar, asociado a los señores licenciado don Joaquín D. Casasús, profesor Abraham Castellanos, licenciado Ezequiel A.

Chávez, licenciado Jenaro García, doctor Alfonso Pruneda y licenciado José Romero, la reseña correspondiente a los actos y memorias del XVII Congreso Internacional de Americanistas.

En una de las sesiones de este docto Cuerpo, el señor Belmar leyó su magnífico trabajo que lleva el título de LENGUAS DE LA FAMILIA NAHUATLANA. SU CLASIFICACION, a que antes nos hemos referido, y el cual mereció la aprobación unánime de los congresistas, que con entusiasmo felicitaron a su autor, quien obtuvo la distinción de ver publicado su estudio en la Memoria oficial.

El señor licenciado Belmar ha cultivado con amor de redentor el nobilísimo propósito, idealizado y llevado a la práctica, de procurar la moralización, ilustración y adaptación del indio mejicano a la civilización y al progreso. Y aquí, en este proceso social iniciado con tanto altruismo y tanto esfuerzo en el año del Centenario, resalta el carácter del Sociólogo con relieves poco comunes.

En las numerosas correrías —fructuosas para la Ciencia— que ha emprendido por el territorio nacional, buscando datos para sus libros, haciendo estudios para la Historia, hurgando en las ásperas serranías donde los pájaros agreños gotean sus canciones y arpegian sus trinos entre el rugido de los tigres, el fragor de los torrentes y las sonatas del viento; en las campiñas exuberantes pobladas de aduares, y en las magnificencias de las ruinas que palpitan con los recuerdos de tradiciones gloriosas y enseñan qué grande fue la civilización indígena; el dialecto próximo a perderse, la costumbre ignorada, el tipo étnico, la borrosa huella de la peregrinación de alguna tribu, y el asiento de una raza extinguida, nuestro consocio ha visto de cerca la doble miseria que padece el indígena: espiritual y material; y con el alma dolorida, porque es generoso y es bueno, ha despertado en la Conciencia Nacional el sentimiento y el altruismo, la iniciativa privada y la acción del Poder Público.

¿Qué es el indio actualmente?

Si después de un proceso psicológico concreto examináramos el espíritu enfermo de los aborígenes mejicanos, sin los velos sagrados de la compasión social ni los mirajes floridos que inventa el optimismo, descubriríamos en la serie de conciencias constitutivas de ese espíritu, tres manifestaciones reveladoras de la actuación de los irredentos en nuestra Confederación: comprensibilidad espontánea; voliciones negativas, y tendencias al estado de plasmabilidad.

En medio de la civilización moderna, que en gran parte ha trascendido a Méjico, la raza indígena permanece estacionada en lamentable degeneración mental y moral. Ayer, en la edad precortesiana, su actividad, inteligencia y progreso —limitado pero firme— expandíanse por las agrestes tierras del primitivo país, produciendo una ornamentación intelectual y material muy digna de ser estudiada—como en efecto la ha sido por los pocos sabios que han consagrado su talento a las valiosas reliquias que aún poseemos de la citada raza—. Hoy, en la edad de cultura eminentemente subjetivista, propicia para desarrollar la acción individual en sus más legítimas aspiraciones, encontramos a los indígenas del pasado glorioso, apenas dando muestras de vida en su propio suelo; arrastrando, bajo el pesado fardo de la indolencia, los despojos de sus antepasados, y exhibiendo a la curiosidad científica, en una mano, sus grandezas mutiladas, y en la otra, sus miserias vividas.

¿A qué se debe esa transformación destructora de un organismo de gran vitalidad?

Muchos factores han entrado a la composición del hecho histórico que, por la brevedad de estos Apuntes, rápidamente forjados, apenas delineamos. Entre aquellos, figuran principalmente —porque se manifiestan de relieve, como las líneas pronunciadas de una máscara trágica— la explotación inconsiderada y sostenida del aborígen; la desaparición en éste de su verdadero carácter; la apatía, que forma el programa de su vida; y la indiferencia del Poder Público y de la iniciativa privada, que desdeñosamente asisten a la consumación de un error social de trascendentales consecuencias.

Estos elementos han contribuido a dejar que se marchiten en los recónditos senderos del Progreso Nacional, las flores hermpas del pensamiento y la voluntad de seres llamados por su cantidad a dar rica savia que alimentase el roble enhiesto de la Patria.

Por desgracia para el desarrollo progresivo de las fuerzas sociales, el indio está padeciendo actualmente de miopía cerebral, y sin ninguna emoción contempla desde sus aduares el porvenir de la República, con la cual no se ha identificado. El remedio a su pobreza intelectual, compeñiada en las tres manifestaciones de que hablamos antes, ha sido el objeto de la Sociedad Indianista Mejicana, creada por el señor Belmar, en 1910.

Nadie ha puesto en duda que el indio es, por privilegio de la Naturaleza, inteligente: se asimila fácilmente lo que se le enseña; su observación es perspicaz, y su memoria recordativa, y también imaginativa, funciona lenta pero efectivamente. Mas sea por atrofiamiento, o, más bien —como creemos nosotros— por la mala alimentación que nutre su cerebro, el espíritu del indio, que como todos los espíritus tiene por órgano al cerebro y la función de éste es pensar y sentir, según nos lo enseña la psicología experimental, encuéntrase en un espasmo anormal que le impide pensar y obrar, científicamente hablando. Por eso sus estados de conciencia no se manifiestan en su amplitud característica, y sus procesos más bien parecen elementos mentales impulsados únicamente por la sensación y la afeción. Las ideas, los deseos y las resoluciones positivas que constituyen lo que se llama procesos concretos, aparecen en forma tardía e intermitente. De esta debilidad cerebral resulta que en el indio el carácter está deprimido, pues de los instintos, necesidades y deseos que componen al hombre, como dice Ribot, sólo quédanle, en toda su integridad y, quizás, refinados por el valor, los instintos, y, débilmente, las necesidades y los deseos. He aquí por qué la voluntad del indio, en las expansiones hacia el Progreso, es casi negativa.

Tal degeneración parcial del espíritu del indio es obra, en gran parte, de la miseria que, cual áspid colosal, le envuel-

ve, le asfixia y le mata. La sociedad ve sin inmutarse la situación angustiosa en que se encuentra la víctima, y ésta, activa, muéstrale, inconscientemente, su vitalidad y la fuerza que anima a la raza de que procede, la cual no puede extinguirse porque tiene una misión noble que llenar dentro de la evolución nacional.

Admira, en verdad, la vitalidad del indio. Vive en la pobreza más absoluta; aliméntase con maíz y frijol; cubre su cuerpo con escasa vestimenta. No recibe ningún contacto mental que avive sus facultades anímicas; no participa de las delicias que proporciona al espíritu la civilización. Vedlo en las campiñas floridas o en las montañas arborescentes, entregado a las faenas agrícolas, siempre mustio como los copajes del Otoño, siempre triste como las canciones que musita al caer la tarde envuelta en los espejismos del sol. Pocas alegrías disfruta. El amor para él es un breve paréntesis que desaparece ante el fantasma torturador de la miseria. El cariño es una visión luminosa que pronto se esfuma en las penumbras del sufrimiento. El trabajo, el duro trabajo, mal retribuido y extraordinariamente agotante, es el único que le acompaña siempre hasta que reposa el último sueño en un lugar cualquiera de la tierra que recibió con abundancia su energía física.

La explotación que se hace del trabajo del indio es uno de los grandes pecados sociales de los terratenientes sin conciencia. Estos, la indiferencia del gobierno civil y la complicidad de las clases ilustradas, son los responsables de la degeneración de los irredentos, doblemente pobres porque su espíritu es poseso de la ignorancia y permanece inactivo, y porque su cuerpo presenta los azotes crueles de la miseria.

¿Cómo puede el indio pensar, si su cuerpo no recibe la alimentación que necesita para que su cerebro funcione? ¿Y cómo puede alimentarse si el jornal que gana por su labor muscular es insignificante?...

La resolución del problema de la regeneración de la raza indígena tiene por base la resolución del problema económico por el cual espera el proletariado y, especialmente, el indio, ser factor en el campo de las verdaderas actividades.

Cuando las leyes se interesen por los desheredados, cuando los patronos se convenzan de que en su conveniencia está pagar buenos salarios para que el trabajo de sus sirvientes sea más eficaz; cuando el patriotismo eleve sus ideales hasta la conquista de factores económicos que determinen un bienestar general; y cuando cada campesino y cada obrero tenga lo necesario para tomar él y sus hijos el alimento nutritivo que le devuelva el perdido vigor y rehaga su cerebro, ese día volveremos a encontrar en el indio el ser inteligente, de iniciativa y de voluntad que la Historia nos muestra en sus páginas empolvadas por los siglos.

Después, como segunda base, vendrá la escuela a destruir ignorancias, a modelar caracteres, a fomentar la educación cívica, a crear nuevos espíritus que en la lucha por la vida no sean los simuladores de que nos habla Ingegnieros, sino los hombres de concepción normal que laboren por la Patria, por la Ciencia y por el Arte; a iluminar, finalmente, conciencias libres que armonicen con la Conciencia Nacional, dándole fuerza y fecundidad.

La escuela debe ser el complemento obligado de la revolución social que es indispensable iniciar ya, con toda firmeza, en el terreno del Derecho y de la Justicia para aportar a la Patria bendita muchos hijos que no la conocen, ni han sentido sus gratas caricias; para adaptar a la civilización moderna muchos seres que viven alejados de ella; para enriquecer al Progreso con nuevas energías, que actualmente permanecen inactivas, y para establecer definitivamente una verdadera evolución. En ésta, el indio regenerado será palanca de propulsora fuerza.

He aquí el ideal nobilísimo del señor Belmar, y he aquí el por qué de la formación de la Sociedad Indianista cuyas tendencias, según las bases constitutivas, elaboradas con visión precisa de las necesidades nacionales, son:

1.—El estudio general de las razas indígenas de la República Mejicana, tanto en la época precolombiana como en la presente.

2.—El estudio de los elementos étnicos de dichas razas.

3.—El conocimiento y estudio de las lenguas indias en el sentido puramente lingüístico, su comparación entre sí y con las lenguas del antiguo continente.

4.—El estudio de la arqueología mejicana y conservación de los monumentos antiguos.

5.—Procurar, bajo todos aspectos, la educación de la raza indígena, y estudiar los problemas de su capacidad o incapacidad para la civilización.

6.—Estimular a todas las personas de raza indígena y a los amigos de ella para que promuevan todo lo que crean conveniente para el desarrollo de nuestros pueblos y para excitar el fenómeno de la evolución social necesario para la cultura del indio.

7.—Celebrar cada dos años un congreso, en el lugar designado al efecto, para discutir los trabajos que se presenten relativos al objeto de la Institución.

8.—Publicar un boletín quincenal que se ocupe de las cuestiones relativas al objeto de la Sociedad, y otro periódico, en la forma que se determine, cuyo fin exclusivo sea proporcionar lectura adecuada a los individuos de la raza indígena. Dicha publicación se repartirá profusamente entre los pueblos indígenas para procurar que los indios se acostumbren a la lectura.

9.—Procurar por todos los medios que estén al alcance de la Sociedad, extender entre la raza indígena el uso del idioma castellano.

Para ramificar con la mayor amplitud la obra, se determinó formar en todos los Estados y Territorios de la República, sociedades correspondientes de la Central, y establecer en las cabeceras de los distritos, partidos y cantones, y en los pueblos de alguna importancia, otras sucursales dependientes de las corporaciones regionales, constituyendo así un vínculo intelectual entre los colaboradores de la Institución; una correspondencia fecunda entre los diversos cuerpos de la Sociedad, y una acción total en favor del indio.

La obra de la Sociedad Indianista Mejicana, que floreció mientras hubo paz, no fue estéril. Desde su nacimiento se manifestó vigorosa. Primero se reunió en la metrópoli mejicana un gran Congreso, compuesto de los intelectuales más prestigiados del País, para estudiar la condición actual de los indios y los medios prácticos más a propósito para sacarlos de su precaria situación. Trabajos luminosos se produjeron en aquél, y el éxito coronó los esfuerzos de los organizadores. Después brotó en algunos Estados de la Confederación—Yucatán, Oajaca, Hidalgo, Guanajuato, Jalisco y Guerrero—, la semilla del indianismo, estableciéndose sociedades correspondientes de la matriz para colaborar con ella. Cuando se esperaba cosechar el fruto, vinieron los trastornos políticos y la revolución desquiciadora cuyos efectos aún sufrimos, y ante el impetuoso desencadenamiento de pasiones, odios y ambiciones, la empresa regeneradora zozobró y apenas siguió reflejándose el idealismo de la causa indiana en el seno de los clubes políticos y en los programas de los candidatos a las gubernaturas de los Estados. Sin embargo, el ideal no murió; y todavía en esta crisis de transición se notan huellas de su existencia en todos los hombres que se conceptúan altruistas y tienen por blasón la cultura.

Los mismos militares se han apropiado centenares de elementos de las razas indias para llevarlos a los campos de batalla, en donde su contingente ha sido admirable.

Para precisar cómo se acogió, por la nobleza científica de México, el ideal indianista, insertamos las siguientes opiniones de algunos hombres de letras mejicanos.

El señor licenciado Novoa, Subsecretario de Justicia en el Gabinete Presidencial del señor general don Porfirio Díaz, expresó estos conceptos:

“Cuantos conocen a nuestros pueblos y su historia, no pueden menos, al considerarlos, de pensar con tristeza en la raza indígena, conquistada y envilecida por tantos años y emancipada después de nombre solamente, pues se mantiene bajo el mismo o casi el mismo estado que en la época colonial. Para emanciparla de verdad se necesitan esfuerzos tan

grandes, como sostenidos durante un extenso período de tiempo. La cultura media que esa raza debe alcanzar para disfrutar de los beneficios de su emancipación bajo el sistema liberal y amplio de las instituciones que nos rigen a los mejicanos, no será, sin duda, obra de algunos días. Largos años, numerosos recursos y prolongada y constante perseverancia habrán de emplearse en la realización de este propósito; pero, por una parte, exige esa labor la humanidad, la razón y la justicia, y, por la otra, exígela también y del modo más urgente, la necesidad y la conveniencia de la Patria, desde el punto de vista del engrandecimiento de nuestra población. El censo de la República no ha crecido como debiera en relación con el progreso de nuestro estado político y económico. El que ahora tenemos, está constituido por una mayoría de indígenas sin cultura, sin las necesidades del hombre civilizado, sin aspiraciones ni voluntad propias; sufridos hasta la humillación, indolentes hasta la inercia para su personal mejoramiento. Sin embargo, esta raza tan enérgica que ha podido conservarse cuatro siglos sin extinguirse bajo el peso del envilecimiento que si bien en parte atenuado soporta hoy todavía, prueba por este mismo hecho y por otros muchos de que la historia nos habla en elocuentes ejemplos, que es capaz de elevarse, mediante una buena educación, al rango de las razas mejores por su inteligencia y su fuerza”.

El señor licenciado don José Diego Fernández, notable jurisconsulto mejicano, analizando la situación actual del indio y los medios prácticos para redimirlo, dice:

“Estudiar la raza y luchar por la evolución de su nivel moral e intelectual, son dignos objetos de quienes se afectan por los que deslumbraron ayer a los conquistadores con su avanzada civilización y hoy ruedan envueltos casi en el polvo de la barbarie. El indio envilecido, ignorante, atropellado por la superstición y por el poder, es, sí, un objeto digno de estudio. Yo me imagino todos los bienes que ustedes pueden realizar mediante la influencia que a su propósito prestarán las simpatías nacionales. Se podrá obtener del Gobierno Federal un subsidio como de cien mil pesos anuales dedicados exclusiva-

mente a la instrucción elemental, bajo la condición de que cada Estado contribuya con un quince por ciento del valor de su presupuesto para ese objeto. Un gasto de dos y medio millones para causa tan santa como la regeneración del indio, no creo será escatimado por el Gobierno Federal, cuando las reservas creadas por el ahorro oficial lo permitan. Establecer en cada poblado un maestro de escuela con la única misión de enseñar el castellano, leer y escribir y las cuatro reglas aritméticas. Después mandar a cada agrupación de indígenas a los maestros viajeros que lleven sus máquinas e instrumentos para esparcir a los cuatro vientos conocimientos útiles. El conocimiento impartido no por la frase muerta que se entrega a la memoria, sino por el hecho vivo en la experiencia o en el cinematógrafo. En éste aprenderán nuestros hechos históricos, las privaciones que destruyeron las garantías individuales consignadas en la Constitución, etc. La elevación del nivel moral restituyendo a la india a su dignidad de mujer y al hombre la misión de protector de ella.... ¡Qué campo tan amplio se desarrolla ante ustedes! ¡Es el verdadero patriotismo que lucha por desarrollar las fuerzas nacionales; es la verdadera fraternidad que se lanza a redimir a tanta víctima!....”

En esta institución, el señor licenciado Belmar ha sido el alma creadora. Como Presidente de la Junta Permanente ha dado vida a un amplio programa; y a veces sólo y a veces rodeado de algunos colaboradores, pero siempre encariñado con su obra, no ha desmayado y sigue levantando la bandera de la regeneración de los indios, quienes lo aclaman y lo bendicen. ¡Seguramente que esto le proporciona más felicidad que el elogio entusiasta de los sabios!

¡Ah! ¡Pero también los sabios lo aclaman! Y los más doctos cuerpos científicos lo llevan a su seno y le envían su parabién y le conceden distinciones merecidas. La Sociedad Filológica de París y la Sociedad Italiana de Exploraciones Geográficas y Comerciales, lo han hecho su miembro. La benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística le nombró su Secretario Perpetuo; de la Alianza Científica Uni-

versal en Méjico, es socio activo, y es académico de número en la de Historia.

Además de las lenguas indígenas que cultiva, posee, como la lengua natal, el francés, el alemán, el inglés y el italiano.

Muchas revistas han recibido su contingente intelectual, y sus obras se han agotado hasta el grado de no haber más que los originales de ellas en poder de su autor.

A la H. Sociedad Mejicana de Geografía, cuyo prestigio se intensifica más cuanto más vive, el señor licenciado Belmar le ha entregado su talento, su iniciativa y su voluntad. Año tras año ha venido colaborando con sus socios y siendo el alma de la institución. Sus enfermedades lo han obligado a dejar de concurrir a las juntas semanales, pero sigue desde su hogar la marcha progresista del grupo escogido a que pertenece.

Sus MEMORIAS (22) presentadas anualmente, han dado a conocer al mundo de las letras toda la labor fecunda de la Corporación; han mostrado los éxitos de ésta; han reflejado sus proyectos; y cual fuentes bienhechoras, han inundado con la linfa de los estudios valiosos, los campos del espíritu en todas las regiones del País y en muchos pueblos extranjeros.

Bastaría mencionar las MEMORIAS producidas por nuestro ilustre consocio, para elogiar su labor en el seno de esa Sociedad; pero hay hechos que deben pregonarse para avivar más la simpatía que le profesamos.

Varios propósitos nobles han alimentado su idealismo como Secretario Perpetuo, y entre ellos se encuentran las tendencias a establecer la armonía entre los socios, procurando que la crítica a los trabajos leídos sea justa; a ampliar la esfera de acción de la Sociedad por la creación de juntas auxiliares en los Estados, y por el nombramiento de nuevos miembros de ella; a estimular la producción científica de éstos, para lo cual no ha vacilado en erogar de su propio peculio, los gastos que ha demandado la impresión de algunas obras de los mismos. Su amor a la Ciencia, su generosidad y su compañerismo hánle llevado hasta sacrificar una parte de sus modestas economías en beneficio de sus consocios.

Bien conocida es de todos los elementos activos de la dicha Corporación la magnífica gestión del señor Belmar y por eso sólo damos ligeros lineamientos; no sin expresar aquí nuestra admiración a quien tanto se ha esforzado por dar lustre y vida a la benemérita Institución.

* * *

Hoy, el señor licenciado Belmar permanece casi olvidado. Sus achaques lo han recluso en una triste soledad donde sólo recibe las visiones de la Ciencia y la visita de uno que otro amigo que se interesa por su salud. Como la mayoría de los sabios, sus últimos años son arropados por las sombras de la amargura. Su vida se desliza trabajosamente. Acalla sus penas con dignidad y no usa de la influencia que tiene entre algunos prohombres públicos. Sigue siendo, en medio de la obscuridad social en que se ha introducido para dar satisfacción a sus convicciones y a los postulados de su conciencia, el hombre de carácter elevado. Su semblanza moral y física podemos trazarla así: estatura baja; complexión regular; frente despejada; ojos vivísimos de intensa penetración; bigote y cabeza blanqueada por la edad; es desinteresado, leal, sincero, afectuoso con las personas que lo tratan y muy cuidadoso de su honor.

Un rasgo muy notable de su carácter. Al triunfar la revolución encabezada por don Francisco I. Madero, el señor Belmar, que pertenecía entonces a la Corte Suprema de Justicia con el puesto de Magistrado, electo en los tiempos de la administración porfiriana, presentó ante el Congreso de la Unión su renuncia al cargo que desempeñaba, a fin de dejar en libertad absoluta al caudillo demócrata para renovar el Poder Judicial de la Federación, según las exigencias del movimiento político consumado. La Representación Nacional no le admitió su separación, y toda la prensa encomió el acto no imitado de nuestro sabio.

Sus amigos le profesamos cariño intenso y respeto profundo. En el mundo científico brilla como un astro. En su hogar es amado. Allí lo hemos encontrado muchas veces me-

ditando, abstraído del mundo exterior, viviendo únicamente para la Ciencia y para los suyos, y teniendo en los labios el soliloquio del poeta indú:

SE QUE, EN EL VAGO OCASO DE UN DIA, EL SOL ME DARA SU ULTIMO ADIOS. LOS PASTORES TOCARAN SUS PITOS BAJO LOS BARNIANOS, Y EL GANADO PACERA EN LA LADERA DEL RIO. Y MIS DIAS IRAN ENTRANDO EN LA OBSCURIDAD.

LO QUE PIDO ES QUE SEPA YO, ANTES DE IRME, POR QUE ME LLAMO LA TIERRA A SUS BRAZOS; POR QUE ME HABLO DE ESTRELLAS EL SILENCIO DE SU NOCHE, Y LA LUZ DE SU DIA BESO MIS PENSAMIENTOS Y ME LOS PUSO EN FLOR.

MEJICO, a 2 de octubre de 1919.

José G. Montes de Oca.

Miembro de las Sociedades Científicas «Mexicana de Geografía y Estadística» y «Antonio Alzate».

NOTAS:

(1) Gustavo Le Bon.

(2) Nació en Oajaca el 4 de noviembre de 1744. Fue periodista y gastó en la impresión de sus obras más de cuarenta mil pesos. Murió el 21 de septiembre de 1848.

(3) Nació en Veracruz el 9 de septiembre de 1731. Su magnífica obra fue traducida al francés, al inglés y al alemán. Ultimamente fue reimpresa para el Museo Nacional de Méjico. Murió en Bolonia el 2 de abril de 1787.

(4) Nació en Méjico el 21 de agosto de 1821. Fue miembro de las más importantes sociedades científicas del País y del extranjero. Murió el 27 de noviembre de 1874.

(5) Nació en Guanajuato en 18 de octubre de 1792 y murió el 2 de junio de 1853.

(6) Nació en Taxco, ignorándose la fecha, y murió en Méjico el 4 de agosto de 1639.

(7) De raza indígena pura, nació en Tixtla, del Estado de Guerrero, el 13 de noviembre de 1834, y murió en San Remo—Italia—el 13 de febrero de 1893. Fue periodista y Vicepresidente de la Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística.

(8) Nació en Ozumba en 1729 y murió a los 61 años de edad, el 2 de febrero de 1790.

(9) Nació en Puebla, fue el regenerador de la instrucción pública y murió en Méjico el 10 de marzo de 1881.

(10) Nació el 12 de noviembre de 1651 y murió el 17 de abril de 1695.

(11) Nació en Méjico el 1º de febrero de 1841 y murió en la misma ciudad el 24 de octubre de 1906.

(12) Nació en Jalapa en 1833 y murió en París, dejando publicados sus Nuevos Métodos Astronómicos; Determinación de la posición geográfica de Méjico, Tratado de Topografía, Geodesia y Astronomía, etc.

(13) Nació en Querétaro el 19 de octubre de 1798 y murió el 28 de enero de 1844.

(14) Nació en Méjico en 1771 y murió en junio de 1817. Escribió la Alacena de Frioleras, la Quijotita y su Prima, etc.

(15) Nació en Guadalajara, del Estado de Jalisco.

(16) Nació en Méjico el 8 de junio de 1818. Falleció el 27 de enero de 1881.

(17) Nació en Aguascalientes en 1832. Colaboró en el Diccionario de Geografía e Historia, escribió sobre economía política aplicada a la propiedad territorial de Méjico, y su obra sobre lenguas mejicanas fue premiada por el Instituto de Ciencias de París. Murió en 1893.

(18) El primero nació en Guadalajara el 11 de octubre de 1829 y publicó su drama DOLORES en 1851; en 1857 un tomo de poesías; LA HIJA DEL CARPINTERO, drama; REALIDADES Y QUIMERAS y FLORES DE ANAHUAC, versos; LOPE DE VEGA, impresiones literarias, etc. Murió el 18 de febrero de 1909.—El segundo nació en Mérida el 3 de octubre de 1798 y escribió un viaje a los Estados Unidos, muy notable. Murió el 16 de noviembre de 1836.

(19) Nació en Tepic, departamento de la Provincia de la Nueva Galicia, el 8 de noviembre de 1775 y murió, a los 56 años de edad, en Guadalajara.

(20) Nació en la ciudad de Méjico en 1645 y falleció el 22 de agosto de 1700.

(21) Como dato interesante, debemos consignar en estos Apuntes el número de lenguas y dialectos que aún se hablan en el territorio nacional y que son CINCUENTA Y TRES, como sigue:

CUCAPÁ.	HUASTECO.	TARAHUMAR.	CORA.
MAYO.	MAME.	MIXE.	MAZATECO.
MATLATZINCA.	PÁPAGO.	MAZAHUA.	CHONTAL.
CHOL.	TABASCO.	TLAPANECO.	COCHIMÍ.
PIMA.	POPOLOCO.	CHOCHO.	ZAPOTECO.
GUAREGIO.	AMUZGO.	IXCATECO.	CHAÑABAL.
MIXTECO.	CHINANTECO.	TOLTECO.	SELTAL.
CHICHIMECA.	CHANTINO.	YAQUI.	CAHUILLO.
CAHITA.	CHAMULA.	MEJICANO.	TOTONACO.
TRIKE.	MAYA.	ZOQUE-MIXE.	HUICHOL.
CHIAPANECO.	CUISAIM.	TZALZIL.	CUITLATECO.
YUMA.	KIKAPOÓ.	TEPEHUA.	HUAVE.
OTOMI.	TZENDAL.	ZOQUE.	HUASTECO.
			OPATA.

Estas lenguas y dialectos los usan UN MILLON NOVECIENTOS SESENTA MIL TRESCIENTOS SEIS indígenas repartidos en las Entidades Federativas, excepto Aguascalientes y Nuevo León, donde, parece, que no hay ya aborígenes.

(22) MEMORIA que el Secretario Perpetuo, Lic. Francisco Bel-